www.elboomeran.com

CINCO MUJERES EXCEPCIONALES

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

James Lord

Cinco mujeres excepcionales

Traducción de
Dolores Payás

ELBA

www.elboomeran.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte
de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera
alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

Título original:

© Editorial Elba, S.L., 2012
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

www.elboomeran.com

En
memoria de
Louise Bennett Lord

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

ÍNDICE

1
Donde estaban los cuadros
(Gertrude Stein y Alice B. Toklas) · 11

2
Mademoiselle Atmosphère
(Arletty) · 75

3
La Mère Ubú
(Marie-Laure de Noailles) · 143

4
El riesgo de Errieta
(Errieta Perdikidi) · 277

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

1
Donde estaban los cuadros
(Gertrude Stein y Alice B. Toklas)

www.elboomeran.com

1

Había varios visitantes en el estudio de Picasso cuando llegué a la rue des Grands Augustins aquella mañana de marzo en 1945. Pero finalmente tuvo tiempo para atenderme. Le di los buenos días.

–¿Conoce a Gertrude Stein? –me dijo.

–No –le contesté, sorprendido. Pero ya entonces debería haber aprendido a no sorprenderme ante nada que dijera Picasso.

–Pues debería usted conocerla –dijo–. Al fin y al cabo, los dos son americanos, y le resultará interesante. Ahora mismo la llamo y lo arreglo. Vive cerca de aquí.

Ignoro las razones por las que ese día Picasso decidió utilizar a la señorita Stein para liberar su estudio de un admirador que sobraba. No solía ser tan educado. En cualquier caso, tal y como pude apreciar más tarde, le interesaba poco el potencial placer o satisfacción de sus amigos, viejos o nuevos.

«Gertrude», dijo al teléfono. El rítmico acento español que Picasso imprimía a su francés tenía un deje cómico aplicado al nombre no latino. Hablaron durante un minuto, luego prosiguió: «Aquí hay un joven soldado norteamericano que quiere conocerte. Te lo envío enseguida». Sacudió la cabeza e hizo un gesto impaciente con el brazo: «Me da igual que sea o no la hora de tu baño, te lo mando de todos modos».

www.elboomeran.com

Liquidado el asunto del teléfono, se volvió hacia mí y caminamos juntos, cruzamos la estancia bañados por el tenue sol invernal hasta la puerta, y me dijo: «Gertrude es una mujer muy interesante, ya verás. Y estará su amiga, Alice Toklas, que también lo es. Todo el mundo debería conocerlas. Será muy interesante».

Descendí por la escalera semicircular, y ya afuera, en la rue des Grands Augustins, la cosa no me pareció tan clara. En lo que a mí se refería, una presentación auspiciada por Picasso era un imperativo categórico, pero aparentemente la señorita Stein tenía otra opinión al respecto. Sin embargo, pese a mi extrema timidez y a lo intimidado que me sentía, Picasso se había mostrado amistoso y había resultado ser menos temible de lo que yo creía. Además, en aquella diamantina primavera de París, nada de lo que fantaseara un joven de veintidós años parecía imposible.

Conforme uno se aleja del Sena, la rue Christine queda a la derecha de la rue des Grands Augustins. Es una calle corta, que se encuentra entre ésta y la rue Dauphine, flanqueada por grandes casas antiguas. Pese a la persistente leyenda, en ninguna de ellas vivió la varonil Cristina, reina de Suecia. El número cinco se halla a media manzana del lado sur. Por aquel entonces, un techado barato deformaba el patio de entrada. Hoy, la escalera aún conserva la tracería de la balaustrada de hierro forjado y un aire distinguido y sereno. Cuando yo la frecuentaba, los escalones estaban siempre encerados y relucientes, y su tenue e inolvidable olor todavía me recuerda el apocado orgullo y la excitación que sentí cuando los subí el primer día. Apreté el timbre y sonó un campanilleo en la distan-

www.elboomeran.com

cia. Aguardé, y mi reflejo en la puerta barnizada era como una incómoda presencia.

Una nariz picuda, mechones negros sobre ojos negros y directos, un asomo de bigote oscuro. Baja, algo encorvada, vestida toda de gris, así era Alice B. Toklas. «¿Usted debe ser el joven que nos manda Picasso, verdad? Pase.»

El vestíbulo era muy soleado, de techos altos, y una gran cantidad de lienzos sin enmarcar –obviamente de Picasso– colgaba de las blancas paredes. También había algunos muebles grandes, oscuros y antiguos; yo intenté valorar el conjunto sin que se notara lo impresionado que me sentía. La señorita Toklas me llevó al salón, me ofreció asiento y me anunció que la señorita Stein, que en aquellos momentos estaba tomando un baño, se reuniría con nosotros en breve. Pero en realidad ya estaba allí. Presente o no; viva, o incluso muerta, Gertrude Stein habitaría aquella estancia en tanto el lugar estuviera lleno de todas aquellas posesiones que convocaban su presencia de modo tan categórico, vívido y sustancial. Y por encima de todas ellas, su retrato; donde estaban los cuadros, allí estaba Gertrude.

Los cuadros eran, la mayoría, de Picasso. También había unos cuantos de Juan Gris y uno o dos, colgados en oscuros corredores, de sir Francis Rose y Marie Laurencin, que servían, simplemente, para enfatizar que todos los demás eran de Picasso. El celebrado retrato de la señorita Stein pendía sobre la chimenea, junto al espejo empotrado de la repisa. Frente a los grandes ventanales, colgaba el famoso cuadro del período azul que representa a una chica sosteniendo un cesto de

www.elboomeran.com

flores rojas. Sobre una pesada cómoda colocada entre los dos ventanales, un cuadro cubista. Frente a la señorita Stein, al otro lado de la habitación, un desnudo apacible y rosado contemplaba pasivamente, con las manos cruzadas, el exterior. Entre estos cuatro cuadros, que eran los más destacables, había otros, más pequeños, una docena o quizás más, todos de calidad muy estimulante: naturalezas muertas, figuras y paisajes de los inicios de sus épocas cubista y africana.

Me senté en un sofá demasiado mullido, tapizado con pelo brillante de caballo. Era muy confortable, pero yo me sentía incómodo. En silencio, la señorita Toklas se acomodó en un pequeño sofá, también tapizado con crin de caballo, que estaba delante de mí. Esperamos. Hizo algunas observaciones sobre la vida militar, y luego añadió:

–La señorita Stein y yo sentimos un gran aprecio por el general Grant.

–Oh. ¿En qué regimiento está? –pregunté.

–Me refiero al general Ulysses S. Grant –me respondió con severidad.

–Sí, claro –dije, pero en aquella época yo era un recluta y me parecía absurdo que alguien, y mucho menos una escritora, pudiera admirar a un oficial, muerto o vivo, en especial a un general. Y no dije nada más.

–El general Grant es uno de los hombres más importantes de la historia de América –dijo la señorita Toklas–. Ciertamente lo preferimos a Lincoln.

–Oh –volví a decir.

Muy pronto entró en la habitación un perro de lanas francés. Andaba con dificultad; era grande, pe-

www.elboomeran.com

ludo, blanco y no muy limpio. Se llamaba *Basket*, y tras él apareció la señorita Stein. Su paso era fuerte y decidido, y su presencia reclamaba atención inmediata. Al instante, y ya para siempre, su cuerpo envuelto en aquellos trajes informes de *tweed* me hizo pensar en un saco de arpillera rellenado con cemento y luego puesto a reposar para que se solidificara. No era mucho más alta que la señorita Toklas, pero era tan robusta y entrada en carnes que parecía mucho más grande. Su imponente cabeza, su pelo corto y áspero de color gris, y las facciones arrugadas, desprendían una serena arrogancia. Me levanté con miedo. Temía que la señorita Toklas le contara a su amiga que había suspendido el examen sobre el general Grant.

Pero se limitó a decir: «Querida, este es el joven que nos envía Picassso».

Una vez nos hubimos dado la mano y saludado, la señorita Stein anunció: «Tengo que salir a hacer algunos recados y pasear al perro una media hora. Este es todo el tiempo del que dispongo hoy. Si lo desea, puede acompañarme».

Era evidente que no se trataba de una invitación sino de un ultimátum, así que acepté sin rechistar. La señorita Stein cogió una correa, la ató al collar de *Basket* y se dirigió hacia la puerta. Y yo la seguí.

Ya en la escalera, la señorita Stein se dirigió hacia mí con absoluta naturalidad:

–Ahora, háble me de usted. –Su voz era sonora y expresiva, la voz de la autoridad.

–Bueno, no hay mucho que contar –respondí tímidamente, cohibido.

www.elboomeran.com

La señorita Stein se detuvo con la mano sobre el pomo de cristal esmerilado que había al pie de las escaleras.

–Escuche –dijo–, si esto es todo lo que me sabe ofrecer como respuesta, parece bastante obvio que usted y yo no tendremos nada que decirnos el uno al otro, y en ese caso será mejor que se vaya ahora mismo.

Consternado, pero decidido, dentro de lo posible, a no mostrar mis limitaciones ante semejante crisis de identidad, le respondí:

–Muy bien. Le hablaré de mí.

La señorita Stein se encogió de hombros, pero asintió y se puso en camino, cruzando el patio con el perro. Empecé a andar a su lado y dije:

–Tengo veintiún años. Nací en Englewood, Nueva Jersey, y allí asistí a la escuela hasta los ocho años.

–Qué interesante –apuntó la señorita Stein–, qué curiosa coincidencia, porque sucede que conozco a un joven de Englewood, en Nueva Jersey. Hace muy buenas fotografías, y su padre fue párroco de Englewood.

En la rue Christine doblamos a la izquierda mientras seguía hablando un rato sobre el joven, cuyo nombre era George Platt Lynes. Después se desvió hacia otro tema, que a su vez condujo a otro y a un siguiente y ya nunca más me requirió o invitó a que hablara sobre mí mismo, o, de hecho, sobre cualquier otra cosa. La señorita Stein, como siempre hacía, llevaba el peso de toda la conversación.

Aquel primer día, mientras caminábamos por la rue Buci y por el boulevard Saint-Germain, deteniéndonos ocasionalmente para hacer algunas compras y llenar el bolso que yo acarreaba, la señorita Stein hablaba ince-

www.elboomeran.com

santemente y de modo algo atropellado sobre cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. No recuerdo todo lo que dijo, en aquellos momentos no lo apunté, pero sí recuerdo la viveza, la curiosidad y la exuberancia de su conversación. Me habló de París, de Francia y de la guerra y, sobre todo, me habló de ella misma, de sus impresiones, emociones y pensamientos. Hablaba bien. Ciertamente era consciente de ser Gertrude Stein y de que eso marcaba la diferencia, pero al mismo tiempo se mostraba tan entusiasta y claramente apasionada por todo lo que decía que parecía imposible no compartir su interés. Parte de su encanto residía, creo, en su ingenuo y casi pueril egocentrismo, en el deleite que le producía su propia persona. Daba por hecho que todo el mundo era exactamente como ella pensaba. Era una convicción reconfortante y que lograba transmitir a los demás envuelta en un sentimiento agradable. Había algo en ella que recordaba a un maestro de escuela, tal vez su sencillez y un modo de hablar algo profético, propio de un maestro autócrata. Y, al igual que sucede con muchos maestros, el tema de conversación que más le interesaba y que, en consecuencia, enseñaba mejor, era ella misma. Era capaz de sentir verdadero afecto por los alumnos que se mostraran receptivos a sus enseñanzas, pero sólo en tanto tuvieran la prudencia de no confundir la familiaridad con la igualdad, y mientras permanecieran muy atentos a quien era su única y legítima fuente de conocimiento.

Aquel día, la calidad de mi atención a la señorita Stein debió de parecerle aceptable, pues cuando emprendimos el camino de regreso a la rue Christine fui invitado a regresar tan a menudo como mis deberes

www.elboomeran.com

militares me lo permitieran. Satisfecho ante cualquier asomo de habilidad personal o incluso perspicacia que, de modo ingenuo, pensé poder atribuirme tras esta experiencia, notifiqué a Picasso que mi encuentro con la señorita Stein había sido un éxito y un placer. No pareció interesarle lo más mínimo. Me pareció extraño, pero jamás se me hubiera ocurrido interrogar a Picasso al respecto.

Durante la primavera y el verano de aquel año, muchísimos soldados americanos visitaron a la señorita Stein y a la señorita Toklas en la rue Christine. Yo sólo fui uno de ellos. Las dos mujeres habían hecho una gira por Alemania con un avión del ejército. Allí Gertrude dirigió varios discursos a las tropas, y en París también había hablado en un buen número de mítines organizados por soldados de la Cruz Roja. Los GI[1] disfrutaban de sus sensatas, didácticas y maternales charlas, y se nos animaba a considerar a la señorita Stein como una famosa, aunque algo folclórica, madre de todos. Las recientes experiencias que acabábamos de vivir reclamaban a gritos que alguien las comprendiera y, a su vez, supiera transmitirlas, y cientos de aspirantes a escritores e intelectuales entre los GI estaban ojo avizor, en busca de alguien que tuviera autoridad y una reputación consagrada; alguien en quien proyectar sus anhelos personales y que a su vez reconociera mínimamente sus logros. Gertrude Stein estaba dispuesta y capacitada para hacerlo. Ya había dado muestra de sus

1. El GI era un soldado que había luchado en la Segunda Guerra Mundial. Supuestamente, las siglas provienen de «Government Issued». (*N. de la T.*)

www.elboomeran.com

aptitudes con la generación anterior, y los resultados habían sido muy celebrados. Además, la señorita Stein era la única persona disponible para desempeñar este papel, y era una situación perfecta para poner en práctica sus propias ideas respecto a la selección natural. De hecho, también convenía bastante a los GI, pues los que se vieron favorecidos con su atención pudieron disfrutar de la ilusión de estarse beneficiando de ella como resultado de una omnisciente discriminación, y no de la casualidad producto de una guerra mundial. A todos los implicados, la presencia de aquellos soldados en el salón les pareció deliciosa –al igual que la de todos esos picassos–, además de una clara demostración de infalibilidad cultural.

Hasta donde alcanza mi memoria, la señorita Stein casi nunca hablaba de los cuadros. Estaban allí. Formaban un prestigioso telón de fondo para sus monólogos. Atestiguaban con admirable rigor su pasada clarividencia. Y en consecuencia, dejaban claramente asentado que cualquier manifestación que hiciera en el presente no debía ser tomada a la ligera. No había ninguna necesidad de hablar de ellos. Además, no era Gertrude quien los había pintado.

Las grandes colecciones de arte casi siempre se imponen a la personalidad de sus propietarios. Aun cuando el motivo de su adquisición haya sido lo suficientemente puro y noble como para purgar toda lacra de ostentación, vanidad o codicia, pocos coleccionistas tienen la suficiente talla intelectual o espiritual como para vivir en relación de igualdad con las avasalladoras presencias que cuelgan en sus paredes. Pero la señorita Stein era uno de estos coleccionistas. Desde su punto

www.elboomeran.com

de vista, ser la propietaria de aquellos picassos no era accidental. Después de todo, el providencial campanilleo interior anunciando la proximidad de un genio había sido escuchado tan claramente por Gertrude como por Picasso. Y aunque a ella no le cupiera ninguna duda sobre quien, en realidad, había pintado los cuadros, sí tenía la plena certeza del papel de primordial importancia que ella había jugado en la fama y el reconocimiento definitivo de la grandeza de su autor.

Para conseguir ese idílico *modus vivendi* entre obras maestras, aunque pueda parecer una paradoja, es posible que la señorita Stein se viera favorecida por una cierta indiferencia hacia las artes visuales. A pesar de haber escrito retratos e imágenes con palabras y a pesar de que alardeaba, con algo de extravagancia, de saber transmutar en literatura las «sensaciones» de Cézanne, lo cierto es que jamás había pintado un cuadro. Desde luego, en el arbitrario mundo de sus juicios estéticos, sólo sus propias experiencias privadas y subjetivas determinaban el carácter de sus convicciones objetivas. En tanto mujer joven, sus gustos sexuales fueron claramente discriminatorios. No obstante, es posible que siempre hubiera estado más interesada en los pintores que en la pintura, especialmente si estos pintores estaban dispuestos a aceptar su preeminencia en materia artística. Al hacerse mayor, esta disposición suya la llevó a alabar sólo el trabajo de hombres cuya mayor prueba de genio creativo consistía en su admiración por ella, y por desgracia dicha prueba le parecía lo suficientemente persuasiva.

La personalidad de la señorita Stein dominaba su colección. De modo análogo, su retrato dominaba to-

www.elboomeran.com

dos los cuadros que lo rodeaban. Aquel cuadro parecía reunir, en una única obra y para siempre, no solamente al artista y a su modelo en su común búsqueda de la inmortalidad, sino también, de un modo íntimo e independiente, a dos seres geniales, dos personalidades distantes, imposibles de expresar. Su presencia en aquella habitación era imborrable, porque a su manera parecía ser la misma Gertrude, mientras que ella, también a su manera, parecía ser su retrato. Nadie podía no reparar en su retrato, porque era imposible no hacerle caso. Estaba allí, igual que ella, con una avasalladora e indómita inmediatez. Donde se encontraba, colgando sobre la chimenea, pendía a más altura que cualquiera de los otros cuadros, un modo de recordarles que sólo eran lo que eran, es decir, obras de arte menores. Y en lo que respecta a los que nos encontrábamos en la habitación, también parecía querer recordarnos que éramos meros humanos, objetos vivientes destinados a morir, mientras que él, por ser una gran obra de arte, perduraría y nos sobreviviría a todos, supremo en la maestría y serenidad de su permanente presencia. No es casual que durante los años de la ocupación, cuando la señorita Stein se alejó de París, el retrato fuera el único Picasso que le hizo compañía en su escondrijo rural, como para recordarle los muchos que había dejado atrás. Donde estaba el cuadro, allí estaba ella. «Para mí», escribió, «es mi yo, y es la única representación mía que para mí siempre es yo». A menudo se quedaba de pie frente al retrato mientras hablaba, y con esta yuxtaposición demostraba que lo real y lo ideal podían, después de todo, constituirse en una unidad. El retrato que le hizo Picasso era una demos-

www.elboomeran.com

tración viva y tangible, la encarnación de su propio genio y de su propia inmortalidad.

Gertrude hablaba, los soldados escuchaban, y todo el mundo estaba contento. Mientrastanto, yo me hacía preguntas sobre la señorita Toklas. Se sentaba, apacible, a su lado, y raras veces participaba, y si lo hacía era sólo para ofrecer las deliciosas galletas que ella misma preparaba; o, si se la presionaba para que diera una opinión, se mostraba automáticamente de acuerdo con las afirmaciones de la señorita Stein. Es cierto que de vez en cuando hacía algún comentario mordaz e irrelevante, y esto irritaba de modo evidente a Gertrude y, en ocasiones, a sus invitados. Pero la mayor parte del tiempo la señorita Toklas parecía bastante ausente, abandonada e ignorada. Desde luego, los GI no tenían esposas a las que pudiera darles conversación, como años atrás se había ocupado de dar conversación a las esposas de los grandes hombres mientras éstos hablaban con Gertrude, aunque tampoco ninguno de los GI era un gran hombre. Aun así, la llamativa desigualdad que había en el estatus social de las dos mujeres resultaba desconcertante. Cualesquiera que fueran sus relaciones en privado, en público Alice era inferior, y todos los que acudían a la rue Christine parecían obligados a tomar buena nota de ello. Esta especie de imposición a veces me incomodaba, pues sentía que la propia Alice también debía de sentirse incómoda. Pero el natural expansivo y las perentorias maneras de Gertrude no permitían otra opción. A medida que me iba convirtiendo en un visitante habitual de la rue Christine, fui tomando cada vez más conciencia del egotismo monolítico de la señorita Stein, que parecía nutrirse de la

www.elboomeran.com

totalidad del universo para, luego, manifestarse con una autosuficiencia infatigable.

No recuerdo de qué hablaba, pero las materias probablemente no eran de gran enjundia y, en cualquier caso, no hubieran cambiado un ápice nuestra forma de ver a Gertrude o la opinión que teníamos de ella. No importa lo que dijera, se refería a sí misma, y es ella, no sus palabras, la que permanece como inolvidable. Hablaba y hablaba y hablaba, con su bella e inacabable voz, y su charla se parecía mucho a su escritura que fluía, ajena a cualquier uso convencional de la sintaxis. Sin embargo, contrariamente a lo que sucede en muchos de sus escritos, cuando hablaba el resultado final tenía sentido. La señorita Stein no tenía un pelo de tonta, y procuraba que uno se enterara de ello. Como todos los grandes actores, permanecía atenta a su audiencia. Nos reprendía y aleccionaba, pero nos divertía. Siempre era el centro de atención, pero se las arreglaba para hacer sentir a sus espectadores que su papel, por pasivo que fuera, era tan fundamental como el de ella. Y en esto estaba dispuesta a invertir grandes esfuerzos, aunque éstos no se extendieran al reconocimiento de sus jóvenes huéspedes como individuos. Aun así, raras veces decía que no a aquel que quisiera ser admitido en su casa. A los que eran suficientemente valiosos para ser invitados a regresar, incuso les proponía que le dieran sus manuscritos para leerlos y hacerles la crítica, y lo hacía, meticulosamente y con esmero. Con todo, les dejaba muy claro que no esperaba ni deseaba que ninguno de ellos compartiera su protagonismo. Se les permitía, como mucho, estar en un lateral de la escena. Recuerdo muy bien el modo tajante

www.elboomeran.com

con que se enfrentaba a cualquiera que fuera tan atolondrado como para interrumpirla o, peor todavía, que fuera tan insolente como para contradecirla. Lanzando rayos hacia el ofensor, se limitaba a repetir en voz más alta lo que ya había dicho. Si el transgresor osaba insistir, repetía sus palabras de nuevo, aumentando el volumen de su voz. Nadie estaba dispuesto a participar en una batalla dialéctica con una señora de edad; siendo jóvenes, lo que se esperaba de nosotros es que asintiéramos, y poco más.

La señorita Stein estaba interesada en los GI porque ellos se interesaban por ella. Esa era su forma natural de existir, como también le resultaba natural dar por sentado que, puesto que los tenía enfrente y los veía, los conocía tal y como realmente eran, y en esto se equivocaba. No los podía comprender porque para ella no tenían ningún interés en sí mismos, a pesar de que escribió un libro sobre ellos, *Brewsie and Willie*. Fue su último libro y uno de los peores. Por una vez intentó hablar con la voz de los otros en lugar de con la suya y fracasó por completo: fue incapaz de reflejar las preocupaciones y el espíritu de los jóvenes soldados que conoció.

En aquellas épocas, algunos de nosotros podríamos haber fantaseado con la idea de que éramos otra «generación perdida», pero la señorita Stein no opinaba lo mismo. Una vez le pregunté cuál era el significado de su famosa expresión. Cuando me lo explicó, le pedí que trasladara sus palabras al papel, y así lo hizo.

> Me limito a repetir lo que dijo un francés. Y es que los seres humanos se convierten en seres civiliza-

www.elboomeran.com

> dos entre los diecisiete y los veinte años. Si las circunstancias del momento impiden que tengan una vida civilizada durante esos años, entonces estos seres humanos pierden la oportunidad de civilizarse y se convierten en una generación perdida. Pero esta vez no ha sido el caso, por otras razones.

No se tomó la molestia de especificar cuáles podían ser estas otras razones, y yo no era tan audaz como para preguntar. En cualquier caso, carece de importancia, pues incluso si hubiera obtenido una respuesta, ésta habría sido una abstracción de sus ideas personales, no un juicio razonado basado en el estudio o comprensión de la generación a la que nos referíamos.

A pesar de su egocentrismo, en ocasiones podía mostrarse sensible y generosa. Me preguntó si me gustaría darle a leer algo de lo que yo había escrito. Era una obra de teatro basada en un incidente de la guerra descrito en los periódicos franceses algunos meses antes. Cuando regresé a la rue Christine, después de habérselo dado a leer, la señorita Stein me llevó a un aparte para darme su opinión. Había leído la obra con evidente diligencia y cuidado. Pese a que difícilmente podía haberla encontrado entretenida, pues era lenta y convencional, se las arregló para alabarla además de criticarla, e hizo ambas cosas de forma seria y meditada, sin la menor condescendencia. Al final me dijo: «Su texto se lee bien, y quizás algún día la escritura llegue a ser una realidad para usted. Tengo un consejo que darle, un consejo que todos los que desean ser escritores de verdad deberían recibir alguna vez: antes de escribir, preste más

www.elboomeran.com

atención a sus emociones. Un escritor de verdad debe estar muy seguro de sus emociones antes de ponerse a escribir. Esto es, pues, lo que le aconsejo, que esté muy atento a sus emociones».

Era un consejo excelente al que intenté prestar la debida atención. La señorita Stein había sido amable y generosa, y se lo agradecí. Tal vez sí pensara que algún día me convertiría en un auténtico escritor, pero estoy seguro de que nunca imaginó, ni por un momento, que tendría la temeridad de cuestionar, negro sobre blanco, si ella misma era capaz de practicar lo que predicaba. Con los años, el remordimiento ha ido transformando la última vez que la vi en un momento inolvidable, no sólo por lo que sucedió ese día, sino también porque nunca más volví a ver a Gertrude Stein y, en consecuencia, no tuve la oportunidad de intentar redimir el recuerdo de la rudeza e ignorancia que mostré aquella tarde.

Picasso no sólo me había presentado a las señoritas Stein y Toklas, sino también a otras personas, entre ellas a un joven pintor ruso excepcionalmente prometedor llamado Chapoval. Más tarde se quitó la vida, cuando sólo tenía treinta y dos años, pero eso es otra historia. Chapoval no conocía a Gertrude, aunque, por supuesto, sabía de su colección y deseaba verla. Entonces, yo, sin preguntarme por qué no se había prestado a hacerlo el propio Picasso, le dije alegremente que su deseo era fácil de satisfacer y que yo mismo lo llevaría a la rue Christine. Mi actuación puede interpretarse como una evidencia, y no sólo de mi falta de experiencia, sino también del protocolo extraordinariamente libre y fácil que la señorita Stein consentía en su casa. Con toda

www.elboomeran.com

seguridad, había sido así en los viejos tiempos en el número 27 de la rue de Fleurus, cuando los que se presentaban allí los sábados por la noche ni siquiera se tomaban la molestia de fingir que eran amigos de amigos, y, sin embargo, todos eran admitidos.

Así que, una tarde, absolutamente seguro de mi mismo y acompañado por Chapoval, llamé al timbre que me era tan familiar. Era un día irisado de finales de verano, uno de estos días en que cualquier joven, en París, siente que tiene el mundo en sus manos simplemente por experimentar el milagro de estar vivo. Abrió la puerta la señorita Stein en persona, algo que no era habitual. Al principio me saludó bastante amistosamente. Le presenté a Chapoval, le dije que esperaba que nuestra visita no fuera inoportuna y le expliqué que no queríamos molestarla sino sólo echar un vistazo a los cuadros.

El alcance de mi metedura de pata se hizo patente de inmediato. Ceñuda, me contestó:

–Esto no es un museo. No puede usted presentarse aquí para embobarse frente a los cuadros siempre que le apetezca. Además, es inoportuno.

–Pero Chapoval es amigo de Picasso –protesté absurdamente.

–Pues entonces que vaya y pregunte a Picasso si le permite ver algunos de sus cuadros –replicó Gertrude de inmediato–. Picasso tiene muchos más cuadros de él que yo. Vayan y pídanle que se los muestre, y entonces quizás verán la clase de hombre que es Picasso, si es que no lo saben ya, y también quizás entenderán algo sobre él. Pero no pueden irrumpir aquí de esta manera.

www.elboomeran.com

Avergonzado, humillado e incómodo, permanecí en el rellano en medio de un silencio torpe y ruborizado.

–Bien –dijo Gertrude después de una pausa–, voy a salir a hacer un recado, y ustedes dos pueden acompañarme si lo desean. Esperen aquí, luego bajaremos juntos y podrán caminar conmigo mientras voy a hacer el recado.

Cerró la puerta y nos quedamos allí de pie, turbados y nerviosos, pero esperamos.

En breve regresó la señorita Stein llevando a *Basket* con una correa, y bajamos las escaleras. Una vez en la calle, nos dirigimos hacia la derecha y luego una vez más a la derecha por la acera estrecha de la rue des Grands Augustins. El perro iba delante, luego iba su dueña, después yo, a su lado pero un poco por detrás de ella, y Chapoval andaba unos cuantos pasos detrás de nosotros. No consigo recordar de qué hablábamos. Mi libro de notas no lo dice, pero seguro que Gertrude habló todo el rato, de eso no me cabe duda. Cuando alcanzamos la rue Saint-André des Arts y giramos a la izquierda en el atardecer de color limón, dijo algo sobre el número de GI que mandaban de vuelta a casa, después de haberse licenciado; por fin la guerra había terminado. Sus visitas habían empezado a fatigarla pero, de todos modos, lamentaba verlos partir. Y también era triste para ellos, añadió. Era triste que tuvieran que regresar a sus casas, quitarse los uniformes y dejar el ejército y la lucha, porque nunca más en sus vidas volverían a ser tan felices.

Evidentemente que en ese momento no había un solo americano uniformado que no deseara despren-

www.elboomeran.com

derse del uniforme, y cuanto antes mejor. Estábamos todos asqueados de la guerra, asqueados del ejército: lo único que deseábamos era volver a sentarnos en el salón de nuestra ciudad natal y comer pastel de manzana. De modo que yo no estaba de acuerdo con la señorita Stein y así se lo hice saber. De pronto se detuvo en la acera soleada y me miró fijamente. Molesta, volvió a repetir lo que ya había dicho y añadió que lo que yo pensaba en ese momento carecía de importancia, y también lo que pensaran los GI. A lo largo de sus vidas volverían una y otra vez a recordar, con nostalgia y placer, las experiencias que habían vivido durante la guerra, porque esas habían sido épocas de despreocupación y compañerismo entre hombres, y porque a los hombres les gustaba la lucha.

Pero no morir, pensé, no sufrir. Yo, personalmente, no había participado en la lucha, pero había visto algo de ella. Había visto hombres muertos y hombres agonizando. Había visto prisioneros de guerra, y había visto la abyección, la miseria y la desesperación que crecían entre la inmundicia y el fango. Había visto demasiado, y todo ello era demasiado reciente y abrumador para que yo pudiera comprender o aceptar que, de alguna manera, la señorita Stein tenía razón. Le insistí en que estaba en desacuerdo.

Me miró frunciendo el ceño y firme como el cemento en el interior de su traje de *tweed*, dijo:

–Bien, no importa que usted esté o no de acuerdo. Lo que importa es que yo tengo razón, y que con el tiempo usted se dará cuenta. Eso es lo único que importa. Es usted demasiado joven, demasiado joven y falto de experiencia para entenderlo ahora.

www.elboomeran.com

Me quedé allí plantado. Y le dije:

–Pero usted no tiene razón. Está equivocada. Además, es usted una mujer vieja y estúpida que no entiende nada.

Me di la vuelta y me fui, abruptamente, sin esperar que me respondiera. Y la dejé allí, inmóvil en la calle, con su perro blanco atado a la correa. Caminé deprisa hacia la rue des Grands Augustins sin volver una sola vez la vista atrás. Doblé la esquina y nunca más volví a ver a la señorita Stein. Temblaba de enfado y de sorpresa, y diría que, ya entonces, sentí algo de culpa. Chapoval me había seguido, hablamos un minuto de lo sucedido y luego nos separamos.

En aquel momento, el sentimiento dominante era de indignación ante la idea de que una mujer anciana pretendiera comprender mejor que yo la verdadera naturaleza de mis experiencias recientes y, para colmo, intentara que yo no dijera nada al respecto. Mientras caminaba por la rue des Grands Augustins y me acercaba al número 7, decidí ir a ver a Picasso y explicarle lo que había pasado. Atardecía, y esa no era la hora en que él acostumbraba a recibir visitas. Tuve que llamar al timbre un buen rato en la penumbra del rellano en lo alto de la escalera. Por fin, el propio Picasso masculló a través de la pesada puerta de roble, preguntando quién llamaba.

–Soy yo, Lord –le dije.

Abrió un poco la puerta pero no me invitó a entrar. Era obvio que mi visita no anunciada no era de su agrado, y me preguntó en tono crispado qué deseaba.

–Acabo de dejar a Gertrude Stein –le expliqué–. Hemos tenido una disputa. Quería que usted lo supiera.

www.elboomeran.com

La puerta se abrió de inmediato.

–Pase, entonces –me dijo. Cruzamos el estrecho pasillo, dejamos la cocina a la izquierda y entramos en la habitación rectangular de techos altos en la que hacía esperar a los visitantes cuando iban a verle por las mañanas. Se sentó en el borde de una mesa y con un entusiasmo evidente–: Cuénteme.

Conforme le fui explicando los detalles de lo que había pasado, Picasso se fue enfadando y excitando. Mascullaba repetidamente: «¡Esa furcia!» y «¡La muy cerda!».

Cuando hube acabado, saltó de la mesa y dijo:

–Ahora la ve como es en realidad. Debo decir que le ha tomado mucho tiempo darse cuenta de ello. Aquel día, cuando le mandé a su casa para que la conociera, esperaba que volviera usted media hora después diciéndome que era una furcia insufrible. Es más, es una auténtica fascista. Siempre tuvo debilidad por Franco, ¡figúrese! Y también por Pétain. Le había escrito discursos, no sé si lo sabía usted. ¿Se lo imagina? Una americana, y, lo que es peor, judía. Y está gorda como un cerdo. Una vez me envió una foto suya, estaba de pie frente a un coche, y el coche ni siquiera se veía. Gertrude ocupaba toda la foto, ¡la muy cerda!

Su estallido de cólera me dejó boquiabierto. Si Picasso sentía lo que decía respecto a Gertrude, no entendía por qué me había mandado ese primer día a su casa. Pero por aquel entonces no le conocía bien y no podía entenderlo.

Picasso seguía hablando:

–Y todo lo que dice sobre mí y mis cuadros... Cualquiera que la escuche pensará que me ha fabricado

www.elboomeran.com

ella, pieza por pieza. Pero si quiere usted saber si entiende verdaderamente de pintura, lo único que tiene que hacer es mirar las porquerías que le gustan ahora. Y habla de Hemingway del mismo modo que habla de mí. Esos dos están hechos el uno para el otro. Él nunca me interesó, nunca. Nunca comprendió de verdad lo que son las corridas de toros en España, no en la forma que los españoles las entendemos realmente. Hemingway era un farsante. Yo siempre lo supe, pero Gertrude no se daba cuenta. El tipo vino a verme cuando la Liberación, y me dio un trozo de tela de un uniforme de uno de las SS. Llevaba las letras SS bordadas y me dijo que había matado al hombre él mismo. Era mentira. Puede que hubiera matado montones de animales salvajes, pero nunca mató a un hombre. Si lo hubiera hecho no hubiera estado repartiendo *souvenirs*. Era un impostor, y por eso le gustaba a Gertrude. A todos los demás nos gustaba Fitzgerald. Todos pensábamos que era él quien tenía talento de verdad. Y en lo que respecta a la Toklas, a esa bruja, ¿sabe usted por qué lleva ese flequillo? –Picasso se echó a reír estrepitosamente–. Porque tenía un cuerno –dijo– en medio de la frente, una protuberancia como la de un rinoceronte. De modo que hacían la pareja perfecta. Gertrude y Alice, el hipopótamo y el rinoceronte. Pero entonces Alice se hizo cortar el cuerno, y el flequillo se supone que le tapa el agujero que le quedó. –Siguió riéndose un buen rato, y luego me dijo–: Así que ahora ya sabe usted cómo es Gertrude, la muy furcia.

De pronto se dio la vuelta. Pareció haber perdido todo interés en lo que se refería a Gertrude y Alice. Era evidente que deseaba que me fuera, y tuve la extraña

www.elboomeran.com

sensación de que todo lo que yo le había contado y todo lo que él me había dicho se hacía, de repente, inexistente. Dijo que estaba ocupado y que tenía que irme.

Cruzando el patio del Louvre y siguiendo luego por la avenue de l'Opéra, regresé a mi alojamiento. Estaba demasiado asombrado y perplejo como para poder anotar lo sucedido en mi cuaderno de tapas verdes.

El pensamiento político de Gertrude Stein era, ciertamente, bastante reaccionario. Eso cuando pensaba en política, porque la verdad es que se dedicaba poco a ello, dado que, en esencia, la única autoridad que ella reconocía era la de su propio genio, y, por tanto, creía que lo mejor que podría sucederle al devenir diario del mundo era tomarla a ella como ejemplo. En esto, por supuesto, era como la mayoría de artistas, en particular los importantes, y a su modo, el propio Picasso ejemplarizaba estas maneras de forma aún más aguda que Gertrude. En cualquier caso, la idea de que hubiera podido escribir discursos para el mariscal Pétain me había sorprendido mucho. Que en tiempos de desastre nacional, aquel estólido y presuntuoso dictador hubiera elegido dirigirse a sus conciudadanos en el elaborado y prolijo estilo que caracterizaba a la señorita Stein se me hacía rematadamente absurdo. Más tarde descubrí que, en realidad, lo que había hecho Gertrude era simplemente traducir algunos de los discursos de Pétain al inglés. Desconozco las razones que tendría la señorita Stein para hacer semejante cosa, pero es obvio que para ella tendrían suficiente peso.

La secuela del insultante exabrupto de Picasso aquella tarde aconteció casi diez años más tarde, y fue

www.elboomeran.com

muy típica de él. Fue una noche en la Provenza, y los dos habíamos sido invitados a cenar en la misma casa. En aquella ocasión, su conducta fue exponente de la perversidad y malicia a la que todos los que le conocían se habían acostumbrado. Durante la cena se mostró grosero y ofensivo conmigo. Más tarde, en el salón, me senté en una silla a la derecha de la chimenea. Picasso se aposentó casi en el extremo de un sofá que estaba a mi lado. Se mostraba ofendido y disgustado. No le miré, simulé no percibir su presencia, algo que no era fácil hacer. Entretanto, la conversación versaba sobre Gertrude y Alice. Nuestro anfitrión expresaba una despectiva opinión sobre el trabajo de Gertrude, y también sobre su personalidad. Yo expresé mi disconformidad, destacando algunas cualidades de su trabajo y su carácter que me parecían admirables.

Picasso me dio unos golpecitos casi afectuosos en el brazo y me dijo: «Lleva usted razón, mi pequeño Lord, Gertrude era un ser extraordinario. Cuando entraba en una habitación, ésta se llenaba de repente, cuando antes había parecido vacía. Y comprendía la pintura. Compró mis cuadros cuando nadie más en el mundo quería ninguno de ellos. Era una amiga. Y era una escritora de primera línea. Piense en lo que hizo, y bastante antes que Joyce. Lleva usted razón», repitió, dándome de nuevo unos golpecitos. «Es usted inteligente, Lord. Gertrude tenía cualidades inusuales. Y Alice también. En cierto modo, Gertrude y Alice eran dos partes diferentes de la misma persona. Pobre Alice. No debe de ser muy agradable para ella sobrevivir en el día a día. Sospecho que tendrá problemas económicos. Una pena. Tuvo que vender un paquete de mis antiguos

www.elboomeran.com

dibujos. Algunos no estaban firmados, así que me los trajo para que les pusiera mi firma, lo cual hice. Me alegré de poder hacer algo que ayudara a Alice.»

Tuvieron que pasar dos años más antes de que me enterara de la historia de los radiadores. Para entones era un asunto ya concluido tiempo atrás, aunque visto de modo retrospectivo arroja alguna luz sobre lo sucedido en el pasado. La historia me la contó Catherine Dudley, una americana de Chicago que había vivido en París desde los años veinte. Había sido amante de Pascin y conocía prácticamente a todo el mundo artístico parisino, incluyendo a Gertrude, Alice y Picasso. De hecho, ella, junto con otra amiga, habían sido claves en el hallazgo del apartamento de la rue Christine. Al final de la Ocupación, cuando fue liberada del campo de internamiento en el que, al contrario que Gertrude y Alice, pasó los años de guerra, fue Catherine quien supervisó los preparativos de la casa para que regresaran sus amigas. Los cuadros estaban todos a salvo, pero había una buena cantidad de objetos domésticos indispensables que habían desaparecido. La mayoría de ellos habían sido robados; y algunos otros, sencillamente, tomados en calidad de préstamo.

Durante los meses de la Ocupación, calentar las casas se convirtió en un problema de primer orden en París. El combustible para las estufas era imposible de obtener, y el gas era demasiado escaso para usarlo en otra cosa que no fuera cocinar. Sin embargo, la electricidad, aunque racionada, seguía estando disponible. En consecuencia, un radiador eléctrico se convirtió en una posesión inapreciable, y ni siquiera Picasso fue capaz de conseguir la cantidad suficiente para calentar

www.elboomeran.com

su enorme estudio. En su obra de teatro surrealista *El deseo atrapado por la cola*, escrita en enero de 1941, evocó la proliferación de sabañones y la ausencia de calefacción central. Su genio parecía agudizar, más que atenuar las incomodidades y los inconvenientes de la vida cotidiana. Felizmente, Picasso recordó que el cercano apartamento de Gertrude, por aquel entonces vacío, contenía no sólo más de una docena de sus obras, sino también varios radiadores eléctricos en perfecto estado. Se comunicó con su vieja amiga en su refugio campestre y le preguntó si podría arreglar las cosas para que se los prestaran. Ella accedió.

A mediados de diciembre de 1944, Gertrude y Alice decidieron regresar a París, adonde llegaron finalmente después de un viaje gélido y dificultoso. A los valiosos huevos y mantequilla que traían, se sumaba el retrato de Gertrude pintado por Picasso. Sintieron alivio al encontrarse de nuevo en casa y ver que todos sus tesoros estaban a salvo. Picasso fue a visitarlas al día siguiente. El reencuentro fue feliz y emotivo. Pero el invierno de 1944-1945 resultó ser excepcionalmente frío y largo, y en aquel apartamento de techos altos, la temperatura pronto hizo que las dos ancianas señoras recordaran la ausencia de sus radiadores. Pidieron a Picasso que los devolviera, y él prometió hacerlo. Esperaron, pero los radiadores no aparecieron. Los reclamaron de nuevo. Picasso se disculpó y de nuevo prometió devolverlos, pero éstos no se materializaban. Otra vez, y sin duda con aspereza, Gertrude pidió el pronto retorno de su propiedad, y una vez más Picasso prometió cumplir, aunque se mostró irritado por la insistencia de su vieja amiga. «Quiere que me congele

www.elboomeran.com

hasta morir», se quejó a su recién adquirida joven amante, Françoise Gilot. Y sin embargo, no usaba los radiadores a menudo, pues después de la Liberación, en París, la electricidad era extremadamente cara, y a pesar de su fabulosa fortuna, a Picasso le gustaba ahorrar en gastos. Cuando por fin los radiadores regresaron a la rue Christine, ya era primavera.

2

En 1946, cuando Gertrude Stein murió, yo estaba en Estados Unidos. Recuerdo el azul intenso y luminoso de aquel día de julio en Cape Cod, cuando un conocido me habló de su muerte. Lo cierto es que no me sentí afligido, ni siquiera triste. Pero de nuevo lamenté no haber tenido nunca la oportunidad de disculparme por haber llamado vieja estúpida a quien era una verdadera artista.

Nunca me había mostrado particularmente amistoso con Alice Toklas, incluso en más de una ocasión había escrito en mi diario que encontraba irritante su presencia. De hecho, en un principio, Alice Toklas no me pareció una persona amigable. Su aparente falta de calidez debió de haber sido una mera reacción frente al agotador egotismo de Gertrude. Quizás con los amigos más íntimos Alice fuera más afable y expresiva, la verdad es que no tenía la menor idea. Pero en cualquier caso, unas semanas después de la muerte de la señorita Stein le escribí una carta en la que expresaba algo que sólo era una fórmula protocolaria de condolencia.